Testimonio de la fe Luterana

Lección 10

El culto de la Iglesia

Habiendo discutido asuntos que tienen que ver con la iglesia y su santo ministerio en las charlas próximo-pasadas, seguiremos con un tema semejante en nuestra charla de este momento, porque en la charla presente vamos a hablar del tema, “El culto de la Iglesia.” Es bueno que lo hagamos, porque se ha dicho que la primera buena obra del cristiano después de recibir la fe es rendirle culto al Señor, adorarle a Dios. Se dice también que, en la biblioteca de muchos cristianos, al lado de la Biblia se encuentra muchas veces su libro de culto, su himnario. La razón de decir esto es que el libro que guía a la gente en su oficio será también el libro que muy directamente toca el corazón de muchísimos fieles en la iglesia. Cuando hablamos de “himnario,” estamos hablando de cualquier libro de uso común que se usa para ayudar a los fieles en su adoración. Para hacer esto, haremos bien en estudiar lo que los dos testamentos de las Sagradas Escrituras dicen al respecto del culto.

En el Antiguo Testamento, para muchas personas el templo y el culto en él era central a todo lo que sucedía en su vida. Especialmente empezando con todo lo que tenía que ver con el tabernáculo, se encuentra muchos ejemplos de los ritos y los sacrificios llevados a cabo en el tabernáculo y en el templo posteriormente. Sin embargo, las formas mismas no son muy bien detalladas con respecto a lo que los congregantes tenían que hacer o decir. Hay muchas reglas respecto a todos los ritos y los distintos tipos de ofrendas o sacrificios; pero, en muchos casos, lo que sabemos respecto a los que llegaban para dejar sus ofrendas o hacer sus sacrificios no es más que ver que ellos en cierto sentido eran más observadores que lo que nosotros entenderíamos por participantes. La obligación de aquellos que querían hacer sus obligaciones según la Ley de Dios, era más que ellos llegaran al templo para entregar a los sacerdotes y levitas lo que tenía que ver con el propósito particular de su sacrificio: de ser declarados ceremonialmente limpios, de tener la seguridad de su perdón, de llevar ofrendas en señal de acción de gracias, y otras cosas que tenían que ver con los detalles de la ley ceremonial.

Por supuesto, nuestro interés respecto al culto de la iglesia es mayor en los ejemplos del Nuevo Testamento, porque los ritos de culto del Antiguo Testamento fueron abrogados por la venida de Jesucristo. En el Nuevo Testamento, tenemos ejemplos de lo que nuevos cristianos hacían respecto a su culto. En primer lugar, cuando la iglesia nació como asambleas de cristianos, casi todos eran judíos convertidos a la fe cristiana, y por algún tiempo se congregaban en las sinagogas para sus oficios, como era su costumbre. Aunque no ofrecieron sacrificios, es de suponerse que las costumbres mismas no cambiaron mucho por una temporada algo larga.

En el Libro de los Hechos, tenemos los primeros indicios de lo que los nuevos cristianos hicieron respecto a su culto. En el capítulo dos de los Hechos, leemos, “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (v. 42). Esto habla de lo que los cristianos primitivos tenían en común e incluye lo que parece era la Santa Comunión y las oraciones que hacían en común. Más tarde, en el mismo capítulo dos de los Hechos, leemos, “Y perseverando unánimes cada día en el templo, y

partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que había de ser salvos” (vv. 46-47). Aunque estos pocos versículos no indican mucho respecto a la forma de culto, por lo menos nos indican respecto a lo que era parte de lo que hacían. Pablo escribe a los Colosenses, “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (3:16).

También, como parte de su mayordomía personal, recogían ofrendas para los cristianos menos afortunados, especialmente los de Jerusalén que muchas veces tenían que sufrir la falta de comida y otros bienes necesarios. Leemos en el capítulo dieciséis de la Primera Epístola a los Corintios: “En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas. Y cuando haya llegado, a quienes hubiereis designado por carta, a éstos enviaré para que lleven vuestro donativo a Jerusalén. Y si fuere propio que yo también vaya, irán conmigo” (vv. 1-4). Esto no era parte formal de su oficio, parece, como lo es en nuestras iglesias; sin embargo, recogieron donativos para los menos afortunados, y, en hacer esto, era parte de su vida de adoración a Dios.

No hay en el Nuevo Testamento indicación exacta de una forma de oficio que el pueblo cristiano tenía que llevar a cabo a la fuerza. Pero lo que mencionamos arriba indica que sí, los cristianos primitivos tenían su manera especial de adorar a su Señor y de servir a los que tenían necesidad. Esto también aprendemos del Libro de los Hechos que habla de la elección de diáconos para servir las necesidades que los cristianos tenían en común. Ellos tenían lo que hoy en día probablemente llamaríamos el “culto libre.” Quiere decir que la tradición de la iglesia desde el principio era dejar que el pueblo de Dios siguiera su propia manera de adorar a su Señor, sin tener necesariamente ningún orden de oficio como hoy lo tenemos. Ellos tenían el modelo de los salmos y los himnos que cantaban el pueblo hebreo, y, sin duda, siguieron en la misma forma que tenían de costumbre, siendo hebreos fieles a su Señor. En el Libro de los Hechos capítulo dos, leemos, “y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (v. 42). En capítulo veinte del Libro de los Hechos, leemos, “El primer día de la semana, reunidos para partir el pan...”. Se hace referencia aquí que los cristianos escogieron el domingo—en honor al Cristo resucitado—para la celebración de sus reuniones religiosas.

Siendo así, no hay razón de pensar que no usaban los instrumentos musicales de costumbre en el pueblo para embellecer la riqueza de sus cultos. Al pueblo hebreo le gustó cantar y bailar, y es muy probable que esto hacían en su manera de adorar a Dios, también.

Poco a poco en la historia, la iglesia iba creciendo en estructura y en su administración. Entre los escritos más tempranos en la iglesia durante la primera parte del segundo siglo, un escrito llamado el “*Didache*” (que quiere decir “las enseñanzas”) informa de las reuniones dominicales de los judeo-cristianos de su día y sus reuniones que incluían la confesión de sus pecados y la celebración de la Santa Comunión. Sus formas de culto, entonces, se hicieron más formales y se desarrollaron lo que hemos llegado a conocer por formas “litúrgicas” en nuestros oficios

religiosos. No hay datos muy exactos al respecto, pero el primer papa de la iglesia que en realidad hizo mucho para hacer que la iglesia se conociera en el mundo de su día era Gregorio, conocido comúnmente como Gregorio el Grande, quien reinó como papa del año 590 d.C. hasta el año 604 d.C. Aunque él mismo no escribió los cánticos que han sido muy conocidos en la iglesia cristiana por muchos siglos, el papa Gregorio el Grande se conocía por su interés en una forma hermosa y formal de adorar a Dios, y durante los siglos séptimo y octavo fueron escritos muchos de los cánticos que conocemos como los cantos gregorianos. Todavía se usan mucho en las iglesias que tienen formas que se conocen por “litúrgicas.”

Durante el tiempo de la Reforma, una de las marcas de la reforma luterana era que no se destruyeron las cosas que podían ser de beneficio y educación para el pueblo de Dios, entre ellas las formas litúrgicas de culto. Lutero quitó de las misas romanas todos los aspectos que eran teológicamente incorrectas y publicó su “Misa Alemana” para ser usada en las iglesias que seguían su liderazgo en una nueva iglesia “luterana.” Las iglesias luteranas, entonces, traen una herencia litúrgica de culto que viene del tiempo de la Reforma. Sin embargo, ya que no hay en la iglesia luterana ninguna rigidez respecto a las formas de culto, porque las Sagradas Escrituras no nos obligan a ninguna forma en especial, se deja a la discreción de las congregaciones la forma de culto que prefieren. En lo personal, creo que una variedad en las formas de culto es bueno, pero creo, a la vez, que dejar toda nuestra historia de culto a un lado sin usar las formas históricas nunca es olvidar algo importante de la herencia rica que nos trae la historia de la iglesia. Usar formas históricas de culto es una de las maneras que podemos utilizar para ayudarnos a comprender mejor la bendición que tenemos como luteranos en la continuidad histórica de la iglesia y de ser parte de ella.

Una parte de lo que es el culto litúrgico es el uso de lecturas y oraciones para lo que llamamos el “año eclesiástico.” Esto significa que se sigue un calendario de lecturas y oraciones que son específicas a todas semanas del año. Estas lecturas se llaman los Propios, porque son lecturas “propias” para todos los domingos y días festivos en la iglesia. El año eclesiástico empieza con el Primer Domingo del Adviento, una temporada de preparación y arrepentimiento que son aproximadamente las cuatro semanas antes de la Navidad. Tener una variedad de lecturas y oraciones que reflejan las cosas que celebramos en la iglesia—Navidad, Epifanía, la Cuaresma, etc.—es una ventaja grande para recordar las cosas históricas más significativas que nos enseña la Biblia respecto a la práctica de nuestra fe cristiana. Afortunadamente, en las iglesias luteranas este calendario eclesiástico litúrgico es de uso común.

La oración forma buena parte de nuestra vida devocional, tanto en particular como en la iglesia. Desde la edad más temprana en la iglesia, los cristianos se reunieron para orar a Dios, algo que también era una práctica durante el tiempo del Antiguo Testamento. La adoración, como se ha dicho, es la primera respuesta de fe por parte de los cristianos fieles; y la oración es parte principal de esta adoración. Por lo general, la adoración puede ser definida por cuatro cosas especiales: 1) la adoración misma; 2) la confesión de pecados; 3) la acción de gracias por parte de los fieles; y 4) las suplicas ante el trono de Dios. Todo esto es parte de nuestro culto, y le complace a Dios oír las oraciones de los cristianos.

Cuando oren los cristianos, ellos pueden tener la seguridad de que Dios los oye, y promete responder a ellos. Pablo exhorta a los cristianos tesalonicenses, “Orad sin cesar” (1

Tesalonicenses 5:17), y exhorta a nosotros en escribir así con las mismas palabras. Sabemos que Dios nos oye y que responderá a nuestras súplicas y oraciones, pero sabemos que Él lo hará según Su voluntad y a la manera que Él quiere hacerlo. Esto incluye la posibilidad de que Dios niegue nuestras súplicas por saber que lo que pidamos no necesariamente sea para nuestro beneficio. Tenemos que comprender que la oración es un acto de culto, ningún sacramento. Recibimos la gracia, el favor de Dios con Su perdón, por medio del Evangelio; la oración es nuestra respuesta de fe. Por supuesto, el Padrenuestro que el Señor mismo nos ha enseñado es el mejor modelo y modelo más completo de lo que es la oración correcta.

El lugar de la adoración y el culto a Dios no es de mayor importancia. Cuando hay una congregación formal, sin embargo, queremos dar a Dios lo mejor que nosotros tengamos como un lugar de culto. Ciertamente, aun en tiempos del Antiguo Testamento tenemos los ejemplos que los hebreos fieles dejaron para nuestro ejemplo. También en la historia de la iglesia del Nuevo Testamento se ha dejado ejemplos buenos para nuestra enseñanza. Dios no espera de nosotros lo que no podemos hacer, pero sí, espera que le honremos en la mejor manera posible. ¡Gracias!